

El tiempo como tema y símbolo poéticos

María del Carmen García Tejera

0. INTRODUCCION:

0.1. La historia y la geografía —tiempo y espacio humanos, respectivamente— constituyen el cuadro de referencias vitales en los que se enmarca la existencia humana. El hombre puede modificar el espacio; por el contrario, de nada le sirve luchar contra el tiempo, que lo rodea, lo envuelve y llega incluso a configurar su propia vida. Todo ello explica la atención preferente que se ha dedicado al tema del tiempo a lo largo de toda la historia y desde muy diversas perspectivas: científica, filosófica, literaria... (1). Pocos temas como éste han suscitado tantas y tan encontradas interpretaciones. Sin embargo, es frecuente hallar —sobre todo en literatura— el tópico del «tiempo enemigo» contra el que el hombre, muy a su pesar, nada puede hacer. Y esa enemistad se crea porque, como afirma P. Salinas en sus comentarios a las *Coplas* de Manrique... (2)

«...Bien mirado, el tiempo es para el hombre dimensión de su vida; pero mal mirado, esto es, por el revés, resulta ser la dimensión de su muerte. Así se ha escrito muchas veces (en español, quizá mejor que por nadie por Quevedo en su trágica polaridad cuna-sepultura): empezar a vivir es empezar a morir».

(1) Sería excesivamente prolijo formular en unas líneas toda una «visión temporalista» a través de la ciencia, la filosofía o incluso la literatura. A modo de resumen, véase el artículo de HERNÁNDEZ GUERRERO, J.A., «Estudio semántico de la función poética del tiempo» en *Gades*, Revista del C.U. de Filosofía y Letras nº 8, Cádiz, 1981, pp. 181 y ss.

(2) SALINAS, P. *Jorge Manrique o tradición y originalidad* Seix Barral. Barcelona, 1974 p. 130

El tiempo es, quiérase o no, una realidad. Y además una realidad totalmente necesaria. Antonio Machado hace, a este respecto, la siguiente reflexión (3):

«Sin el tiempo, esa invención de Satanás, sin ese que llamó mi maestro «engendro de Luzbel en su caída», el mundo perdería la angustia de la espera y el consuelo de la esperanza. Y el diablo ya no tendría nada que hacer. Y los poetas tampoco».

Y en otro lugar (4), insiste:

«Porque ¿cantaría el poeta sin la angustia del tiempo, sin esa fatalidad de que las cosas no sean para nosotros, como para Dios, todas a la par, sino dispuestas en serie y encartuchadas como balas de rifle, para disparadas una tras otra?... En cuanto nuestra vida coincide con nuestra conciencia, es el tiempo la realidad última, rebelde al conjuro de la lógica, irreductible, inevitable, fatal. Vivir es devorar tiempo: esperar; y por muy trascendente que quiera ser nuestra espera, siempre será espera de seguir esperando».

Para ver hasta qué punto el tiempo puede convertirse en eje poético, vamos a analizar una obra, *Libro de Horas*, del poeta arcense Antonio Murciano (5). Centraremos nuestro estudio en tres aspectos: a) el tema o «macrocomponente textual», según terminología emplea-

(3) MACHADO, A. *Juan de Mairena*, en *Obras Completas* de A. y M. Machado. Plenitud, Madrid, 1973 p. 1.085

(4) *Ibidem*, p. 1.026

(5) Conozcamos, a grandes rasgos, algunos caracteres del *Libro de Horas* (al que citaremos en estas notas como *LDH*), treceavo de los libros de poesía escritos por Antonio Murciano (*Arcos de la Frontera*, 1929). Fue compuesto entre 1973 y 1975. Se publicó incluido en la *Antología (1952-1975)* de este poeta aparecida en la Colección Plaza y Janés de Barcelona en diciembre de 1975. El *LDH* se abre con una dedicatoria y una cita del propio Antonio Murciano, relacionada —a modo de adivinanza— con las cuarenta y cinco composiciones (más un «Poema en forma de prólogo») de este libro:

«Le preguntan sus años al poeta.

—No tengo edad, ni sé si tengo tiempo,
pero si quieres, cuenta mis poemas».

da por A. García Berrio y A. Vera Luján (6), quienes destacan su importancia en el análisis de un texto al afirmar que «la intuición inicial del texto y las primeras etapas de la expansión del plan textual, constituyen indiscutiblemente la dimensión generatriz de la estructura profunda textual» (7); b) el léxico del tiempo, dentro del que destaca-

Efectivamente, en el *LDH* hay tantos poemas numerados como años tenía su autor cuando la publicación de esta obra. Poemas breves, estrofas populares, muy a menudo en el aire de copla flamenca:

«Monedero de mis penas.
Mis días los voy contando
lo mismo que tus monedas».

El tema está sugerido por el curioso juego de palabras en el título: el tiempo. Pero el tiempo visto de una forma muy peculiar; diríamos, muy andaluza. El tono sentencioso y la actitud estoica son notas dominantes en estos versos. El tiempo fluye y nadie puede hacer nada por detenerlo. El poeta reacciona adoptando dos posturas contrapuestas aparentemente, pero hijas de un mismo sentir andaluz: la amargura, la «pena»...

«¡Qué pena, qué oscura pena,
no saber ni de la tierra
siendo granito de arena!»...

o el desentendimiento:

«Hay quien cree que el tiempo es aire
y hay quien cree que el tiempo es mar,
hay quien cree que puro fuego
y hay quien tierra... ¡Qué más da!»

Y cuando el tiempo se pare en el corazón del poeta, cuando sea, como dice él mismo, «el tiempo de no ser», un solo ruego:

«Nada ordeno. Sólo pido
que alguien cuide mis canarios
y mis versos. Y mi olvido».

Si bien el tiempo aparece como trasfondo en otros libros del poeta arcense, ésta es la primera vez que se convierte en protagonista absoluto de sus poemas. A pesar de todo, la obra pasó casi inadvertida para la crítica, debido quizás a su inclusión en la *Antología*. Con todo, varios críticos han resaltado el valor de este *Libro de Horas* e, incluso, algunos de sus poemas figuran ya en antologías, tal la *Antología de poetas españoles contemporáneos (1936-1970)* de M^a Dolores de Asís (2 vols. Narcea ed., Madrid, 1977). Finalicemos esta nota con dos breves comentarios. Uno, de F. Salgueiro: «En el *LDH*... Antonio Murciano nos entrega numerosas muestras de una honda, diremos *jonda* preocupación» (en «Poesía Hispánica» n^o 280. Madrid, abril de 1976), y otro de José García Nieto: «... Nos dejará, como pocas veces ocurre, ese sabor indefinido e indefinible del *Sur*, donde se vive porque no se vive, y al revés también, donde el tiempo —«en el Sur todo es del tiempo»— pone una medida mágica a las cosas y las lleva a un retablo donde todo está rozado por esa ala del tiempo andaluz, tan milagrosamente batida» (en «La Estafeta Literaria» n^o 585. Madrid, abril de 1976) (6).- GARCIA BERRIO, A. - VERA LUJAN. *Fundamentos de teoría lingüística*. Comunicación Madrid, 1977 p. 171 y ss.

(7).- *Ibidem*, p. 175

remos los términos más utilizados, y, por último, c) el significado poético. Porque, como afirma Alarcos Llorach (8), «La poesía no consiste en lo que se nos comunica, sino en cómo se nos comunica, en la indisoluble articulación del contenido semántico y la expresión lingüística».

1. EL TIEMPO COMO TEMA

1.1. Su fluir.

El tiempo es una realidad lineal, continua y uniforme; una sucesión de hechos y fenómenos. El concepto tiempo supone tal esfuerzo de abstracción que, para poder aprehenderlo y explicarlo, el hombre —el poeta— tiene que servirse de imágenes tangibles, de las que Antonio Murciano nos ofrece una buena muestra en esta obra, como se verá más adelante (9). Hagamos un recorrido por las más significativas.

El transcurso del tiempo —inevitable aquí la alusión a Manrique— viene indicada por la más universal de todas: el río.

«¿Cuántos poetas cantaron
como un largo río al tiempo?» (10)

Y para hacernos comprender su fugacidad, recurre a la comparación con el humo:

«El tiempo en mi vida es
como el humo del tabaco,
hoja seca entre papel,
ceniza de mi cigarro». (11)

(8).- ALARCOS LLORACH, E. *La poesía de Blas de Otero*. Anaya, Salamanca, 1973 p. 57

(9).- Véase el apartado 3. «Semántica de las imágenes del tiempo».

(10).- LDH, nº 3

(11).- LDH, nº 11

y con las monedas (12).

«Monedero de mis penas.
Mis días los voy gastando
lo mismo que tus monedas».

El hombre se ve absorbido por el tiempo. Antonio Murciano nos pone de relieve esta verdad haciendo uso de ciertas imágenes referidas a diferentes seres que comparten un mismo —y terrible— rasgo: poder devorar la vida humana

«Dios al que sacrifican
su esclavitud los vivos.
Tenía inmensa, gusano,
buitre, dragón de mitos,
Minotauro acechante
en su gran laberinto;
sombra que engulle, traga
mundos, seres y siglos;
negra boca de niebla,
vampiro de sí mismo.
Mitológico Cronos
devorando a sus hijos». (13)

Pero ¿cuál es realmente la actitud del hombre ante el tiempo? Se trata de una cuestión que admite múltiples respuestas; cada una, de hecho, está sujeta a unas circunstancias externas e, incluso, a un estado anímico (14). Como ya hemos dicho, el poeta, desde un principio, es consciente de estar irremediabilmente inmerso en el tiempo, aunque en ocasiones pretenda ignorarlo.

«¿Qué es el tiempo?... ¿Quién me explica
el girar de su ruleta...» (15)

(12).- LDH, nº 18

(13).- LDH, nº 4

(14).- No hablamos todavía del llamado «tiempo psicológico»: ahora nos referimos solamente a la postura humana ante la realidad temporal que lo envuelve.

(15).- LDH, nº 6

Otras veces se nos muestra indiferente...

«Hay quien cree que el tiempo es aire
y hay quien cree que el tiempo es mar,
hay quien cree que puro fuego
y hay quien tierra... ¡Qué más da!» (16)

o resignado:

«Se me está pasando el tiempo
y, como no sé pararlo,
suspiro y sigo viviendo». (17)

La resignación puede convertirse, siguiendo un proceso gradual, en amarga impotencia cuando el poeta intenta, sin resultado positivo, detener el tiempo, incluso empleando medios violentos (18):

«Me preguntó lo que hacía,
contesté: matar el tiempo.
La vi cómo sonreía,
no me vio llorar por dentro». (19)

«Dice el quinto: «No matar».
Yo quiero matar el tiempo
y Dios me va a perdonar». (20)

1. 2. Su medida

El tiempo fluye ininterrumpida y progresivamente. El ser humano necesita ponerle unos límites para que su entendimiento pueda abarcarlo, aunque sólo sea parcialmente. Surge así un tiempo medido

(16).- LDH, n° 12

(17).- LDH, n° 25

(18).- Puede observarse en estos poemas la enorme carga significativa de una expresión tan desemantizada como es «matar el tiempo».

(19).- LDH, n° 22

(20).- LDH, n° 26

y, según la situación del hombre, segmentado en un pasado, un presente y un futuro, de tal manera que la historia —la vida— de cada hombre es la *duración* de su tiempo. Pero es aquí donde comienza su gran incertidumbre:

«Tres mil quinientos millones
de años de vida en la Tierra.
Lo pienso y me escalofrió.
¿Cuántos, Señor, en mi cuenta?». (21)

porque su vida —su tiempo— está situada entre un principio y un fin marcados por dos fechas concretas:

«Hombre es muerte —tiempo al tiempo—,
vida que acaba y que empieza»... (22)

«Yo estoy vivo, porque sí,
entre dos fechas de un tiempo:
el día aquel que nací,
y el día en que estaré muerto». (23)

Pero en estas dos fechas hay, respectivamente, una incógnita y una certeza: «Nada seré. Pero fui» (24), concluye Antonio Murciano. Efectivamente: lo único seguro es que el pasado, de algún modo, permanece en el hombre; por el contrario el porvenir es incierto, lo que provoca en el poeta una profunda «pena»:

«Qué pena más grande tengo,
no saber a dónde voy»... (25)

(21).- LDH, nº 1

(22).- LDH, nº 10

(23).- LDH, nº 16

(24).- *Ibidem*.

(25).- LDH, nº 5

A pesar de todo, elige entrar en su juego, lanzándose confiado al azar de ese futuro desconocido:

«¿Qué es el tiempo?... ¿Quién me explica
el girar de su ruleta?
Roja, vida; negra, muerte...
¡Tira tu bola, poeta!» (26)

El hombre —decíamos— ha tenido que segmentar de alguna manera el paso del tiempo. Para medirlo ha inventado una serie de métodos:

«Calendario de pared,
álbum de un año con fechas
que con cruces cruzaré.

Almanaque de mi mesa,
te iré arrancando las hojas
cuidando que no te duelan». (27)

Quizás el más preciso —y terrible, a un tiempo— sea el reloj. Terrible porque, según Antonio Machado, «el reloj es una prueba indirecta de la creencia del hombre en su mortalidad. Porque sólo un tiempo finito puede medirse». (28)

El reloj, cada vez más, condiciona la vida humana, pero ¿afecta también a la marcha del tiempo? Paradójicamente, el tiempo se desentiende por completo del reloj y continúa su marcha sin más:

«Las agujas del reloj
llegué a pararlas un día
y el tiempo ni se enteró». (29)

(26).- LDH, nº 6

(27).- LDH, nº 30

(28).- MACHADO, A. en *op. cit.*, pp. 1.153-1.154

(29).- LDH, nº 36.- Relojes I

El poeta llega a la conclusión de que, ya que es imposible prescindir del tiempo, lo mejor es ignorar, al menos, la existencia del reloj:

«¡Vano intento de contar
el tiempo que va pasando!»... (30)

«Hoy lo que quiero es quitarme
hasta el reloj de pulsera
que en la muñeca me late
y solo, libre y desnudo,
sobre la arena, olvidarme». (31)

Pero hay dos relojes excepcionalmente entrañables para el poeta porque forman parte de su niñez, de su vida:

«... de hacer hoguera del tiempo
salvaría el inefable
y niño reloj de cuco
de mi madre». (32)

«La torre de la plaza
mayor del pueblo
tiene un reloj de pesas
dentro del pecho
y un coro de campanas
de bronce y sueño.

Cuántos veranos, madre,
cuántos inviernos
escuchando las horas
y su concierto
de la sonora mano
del campanero». (33)

(30).- LDH, n° 37.- Relojes II

(31).- LDH, n° 40.- Relojes V

(32).- LDH, n° 39.- Relojes IV

(33).- LDH, n° 38.- Relojes III

Y un único reloj humano que mide su propia vida: reloj-corazón
de latidos precisos

«un fiel reloj
de carne y sangre y hueso,
que, quieras o no, canta
y cuenta en mí —¡oh Dios!— mi tiempo». (34)

1.3. Su dimensión humana

El tiempo psicológico—el más cierto y el más irreal a la vez—es la duración del tiempo físico en el interior de cada hombre. Incluso puede estar íntimamente relacionado con su espacio vital; por eso el tiempo de Antonio Murciano es el del Sur y, como andaluz, nos ofrece su visión peculiar:

«En el Sur,
todo es del tiempo,
quiero decir que no cuenta,
que le echamos tiempo al tiempo;
que no vemos las manillas
de ese gran reloj del tiempo;
quiero decir que parece
que hay un poco más de tiempo
que en las otras tres esquinas
de la rosa de los tiempos». (35)

Pero el poeta es celoso guardián de su tiempo. A él se aferra:

«No deis cuerda al cronómetro
ni auscultéis mis latidos.
No decidme del tiempo.
¡No hay más tiempo que el mío!». (36)

(34).- LDH, n° 41.- Relojes VI

(35).- LDH, n° 31

(36).- LDH, n° 35

sobre todo si se trata de *su* tiempo compartido:

«El tiempo no existe
cuando estás conmigo». (37)

«Quiero clavar mi cuchillo
en el corazón del tiempo,
por ver si estando contigo
consigo un instante eterno». (38)

Ya hemos dicho que la muerte pone fin al tiempo de cada persona. El poeta sabe que desaparecen los hombres, que él desaparecerá también... pero lo humano permanece. El individuo es perecedero, pero hay una realidad universal que, por eterna, enlaza el pasado con el presente y éste con el futuro: la humanidad. Y es esta esperanza de Antonio Murciano, su confianza en la continuidad de los otros la que, en definitiva, eterniza su tiempo:

«Será el tiempo del no ser;
otros serán lo que he sido» (39)

Una confianza que le lleva a desear SER, ya sin tiempo;

«Ser eterno. Eternidad.
Ser en el tiempo sin tiempo.
Volver a ser para siempre.
Ser, sin fin, un solo día.
Ser un todo en la gran Nada.
Ser un algo en el gran Todo.
Ser, no ser, no ser, ser, ser...
Loca esperanza del mundo,
eternidad, Luz de Dios». (40)

(37).- LDH, n° 19

(38).- LDH, n° 21

(39).- LDH, n° 42

(40).- LDH, n° 45

2. EL LEXICO DEL TIEMPO

2. 0. Una parte del léxico del *Libro de Horas* se refiere explícitamente a la realidad temporal. Veamos su organización y su correspondencia con lo que, en el estudio temático anterior, hemos agrupado en tres secciones. Así pues, vamos a considerar el fluir, la medida y la dimensión humana del tiempo.

Esta realidad aparece englobada —y a veces «camuflada»— en diferentes términos, que van desde el más denotativo, «tiempo», hasta la alusión al dios Cronos. Podemos agruparlos en los siguientes campos léxicos:

2. 1. — Divisiones del tiempo (sustantivos)

	— horas	
	— a la una	
— milenios	— a las dos	
— siglos	— a las tres	— minuto(s)
— años	— a las cuatro	— segundo
— meses	— a las cinco	— instante
— fecha	— a las seis	— bodas de oro
— día	— a las siete	— infancia
— veranos	— a las ocho	— eternidad
— inviernos	— a las nueve	
	— a las diez	
	— a las once	
	— a las doce	

2.2. —Instrumentos para medir el tiempo

(Sustantivos)	
— calendario	
— almanaque	
— cronómetro	
— reloj (41)	(Adjetivos)
— de bolsillo	— eterno
— de muñeca	
— de pulsera	(Verbos) (42)
— de pared	— parar (el tiempo)
— de torre	— matar (el tiempo)
— de escaparate	— medir (el tiempo)
— de piedra	— llegar (a tiempo)
— de yunque	— tener (tiempo)
— de sol	— tictaquear
— de flores	
— de cuco	(Adverbios)
— en oro	— ayer
— en plata	— hoy
— en brillantes	— ahora mismo
— en porcelana	— tiempo al tiempo
— tic-tac	— día a día
— manillas	
— agujas	

2.3. — Dimensión humana del tiempo

Ya habíamos dicho que el fluir del tiempo es tan abstracto que resulta difícil o imposible de captar y aún más de explicar. Para lograr ambas cosas, el hombre se vale de imágenes cotidianas que ofrecen mayor concreción.

(41).- Esta clasificación la hacemos a partir de los adjetivos de habla (o sintagmas preposicionales en función de adjetivos) que califican al sustantivo *reloj*.

(42).- Consideramos que los verbos forman una unidad semántica con sus objetos.

En el Libro de Horas, Antonio Murciano define a menudo el tiempo por medio de realidades sensibles que podemos agrupar en diferentes campos léxicos a los que más adelante volveremos a hacer referencia. Parte de una idea central: «Todo es tiempo» (43) y lo asimila con imágenes extraídas

a) de la naturaleza

— río	— llama	— clavel
— mar	— rescoldo	— tenia
— tierra	— ceniza	— gusano
— aire	— humo	— buitres
— fuego	— rosa	— vampiro

b) De la Mitología

— Cronos
— Minotauro
— dragón

c) de la Religión

— Dios

D) De los seres humanos

— hombre	— recuerdo
— boca	— olvido
— beso	— sueño
	— palabra

(43).- LDH, nº 24

e) De diferentes *objetos*

- cedazo
- criba
- crisol
- ruleta
- molino
- noria
- saco

Y cuando el poeta se refiere a «su tiempo», lo presenta a menudo como

- humo
- hoja seca
- ceniza
- grano
- monedas

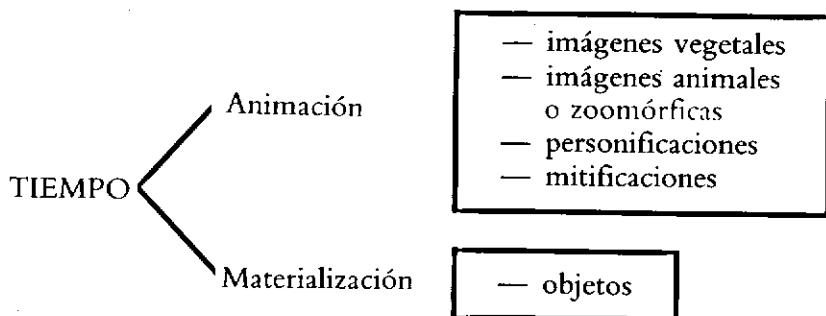
3. SEMANTICA DE LAS IMAGENES DEL TIEMPO

3.0. El léxico que acabamos de presentar no tendría sentido si no fuera portador de un contenido. En esta ocasión haremos referencia a un significado específico: el significado *poético*, de carácter connotativo y logrado mediante un procedimiento de desviación semántica (44). Con ella obtenemos la llamada imagen poética. (45)

(44).- Seguimos la terminología que emplea, entre otros, J.A. MARTINEZ, quien en *Propiedades del lenguaje poético* (Archivum Oviedo, 1975. p. 271) afirma lo siguiente: «Constituyen desviaciones semánticas aquellas expresiones que, al romper con el (los) uso (s) lingüístico (s) —y más en concreto, con las reglas de selección léxica—, o no les corresponde ningún contenido, o el receptor les asigna uno que no resulta de la simple composición de los contenidos de sus signos constituyentes. En el primer caso, la expresión desviada desemboca en el puro «absurdo»; en el segundo, estamos ante una desviación constituyente de una figura».

(45).- Somos conscientes de la ambigüedad del término «imagen», dada la diversidad de acepciones que ha tenido por parte de la crítica. Con todo, la posibilidad de

Recordemos nuevamente la naturaleza abstracta del «tiempo». Para concretarlo en realidad «sensible», el poeta utiliza diferentes procedimientos que esquematizamos así:



3.1. Animación

El poeta convierte al tiempo en un ser vivo dentro de una gradación que va desde la forma de vida más elemental —la vegetal— hasta convertirlo en puro mito.

3.1.1. Vegetalización

El tiempo —sobre todo, el tiempo joven— es flor:

«Y el tiempo
—un clavel o dije
beso—». (46)

A veces esta imagen del tiempo como flor, se prolonga para concretarse en especie y color

«Tu tiempo en flor, rosa roja,»... (47)

englobar en él a las diferentes desviaciones semánticas, nos hace preferirlo a cualquier otro de significado más restringido. La clasificación que utilizamos de las imágenes está tomada de J. A. HERNÁNDEZ GUERRERO. Véase su artículo «Análisis semántico de la luz y la sombra como símbolos poéticos» en este mismo número.
(46).- LDH, n° 20
(47).- LDH, n° 29

3.1.2. Animalización

El poeta dota al tiempo de cualidades propias —aunque no siempre específicas— de animales. El movimiento es una de las más importantes y, gramaticalmente, viene expresado mediante verbos:

«Que el tiempo no se paró». (48)

«Sombra que engulle, traga
mundos, seres y siglos;» (49)

Partiendo de una imagen inicial y ya tópica, tiempo = río, el poeta convierte a los hombres en peces de ese río:

«¿Cuántos poetas cantaron
como un largo río al tiempo?
¿Serán los hombres los peces
de ese gran río revuelto?» (50)

Para mostrar su aversión al tiempo lo identifica con varios animales que resultan repulsivos al hombre:

«Tenia inmensa, gusano,
buitre...» (51)

3.1.3 Personificación

Antonio Murciano suele personificar al tiempo atribuyéndole acciones específicamente humanas. Expresión de sentimientos:

«Y el tiempo
—un clavel o dije
beso—,» (52)

(48).- LDH, n° 36

(49).- LDH, n° 4

(50).- LDH, n° 3

(51).- LDH, n° 4

(52).- LDH, n° 20

operaciones de la mente...

«Digo que el tiempo es recuerdo,
dicen que el tiempo es olvido,» (53)

«Sueño de sueños, tiempo,
palabra sin sentido». (54)

O bien se dirige a él mediante apelaciones:

«Si interrogo tu silencio
nunca me contestas nada.
Nuestro pacto, amigo tiempo,
no mirarnos a la cara». (55)

Pero el tiempo no responde y se desentiende de tales llamadas:

«Y el tiempo ni se enteró» (56)

La incertidumbre que provoca el tiempo en el hombre
está eficazmente expresada en la imagen siguiente:

«Que el hombre es barro del tiempo
y el tiempo un hombre que espera». (57)

3.1.4. Mitificación

El poeta no se contenta con personificar al tiempo, sino que lo eleva a la categoría de un ser superior de la tradición mitológica. Así pues, el tiempo es...

«buitre, dragón de mitos,
Minotauro acechante
en su gran laberinto;

(53).- LDH, nº 9

(54).- LDH, nº 4

(55).- LDH, nº 17

(56).- LDH, nº 36

(57).- LDH, nº 8

.....
Mitológico Cronos
devorando a sus hijos». (58)

E incluso lo deifica:

«Sueño de sueños, tiempo,
palabra sin sentido.

.....
Dios al que sacrifican
su esclavitud los vivos». (59)

3.2. Materialización

Antonio Murciano obtiene esta imagen mediante dos procedimientos:

- a) Despersonificar a un ser humano.
- b) Concretar la abstracción «tiempo»

En el Libro de Horas, el poeta va despersonificando paulatinamente al hombre —a sí mismo— hasta reducirlo a un componente ínfimo de la tierra. Mediante su identificación con un «granito de arena» (60) quiere subrayar su insignificancia:

«!Qué pena, qué oscura pena
no saber ni de la tierra
siendo granito de arena!». (61)

Y, más que aludir al mito bíblico, reafirma mediante la imagen siguiente la fragilidad humana y su impotencia frente al tiempo:

«Que el hombre es barro del tiempo». (62)

(58).- LDH, nº 4

(59).- *Ibidem*.

(60).- Nótese el doble efecto —empequeñecedor y afectivo a un tiempo— del diminutivo.

(61).- LDH, nº 5

(62).- LDH, nº 8

Por el contrario, la realidad «tiempo» ha de ser aprehendida por el hombre a fuerza de imágenes materiales que el poeta consigue con un proceso de concreción:

«dicen que el tiempo es olvido,
cedazo, criba, crisol»... (63)

Su carácter cíclico viene muy bien expresado por tres imágenes: ruleta, noria y molino.

«En el pozo del vivir
el tiempo es como una noria:» (64)

«El tiempo es como un molino» (65)

«¿Qué es el tiempo?... ¿Quién me explica
el girar de su ruleta?» (66)

Y su marcha inexorable se sugiere con una repetición:

«y ese mirar derramarse,
grano a grano, el tiempo mío» (67)

Por último, Antonio Murciano identifica al tiempo con los instrumentos que sirven para medirlo:

«Tu tiempo en flor, rosa roja,
se paró en la losa ayer,
almanaque de una hoja
que nadie habrá de volver». (68)

«que no vemos las manillas
de ese gran reloj del tiempo». (69)

(63).- LDH, nº 9

(64).- LDH, nº 13

(65).- LDH, nº 14

(66).- LDH, nº 6

(67).- LDH, nº 40

(68).- LDH, nº 29

(69).- LDH, nº 31

4. El tiempo es un tema fundamental en la poesía de Antonio Murciano, no sólo por la extensión que ocupa en ella (70), sino porque los demás temas —amor, paisaje...— están tratados desde una dinámica eminentemente temporal. La fina sensibilidad del poeta ante el fluir del tiempo —como puede deducirse del tratamiento del tema, el léxico y las imágenes poéticas que emplea— tiene un carácter positivo, optimista. Contempla el porvenir con una actitud esperanzada: cree que el mañana llenará las aspiraciones profundas del hoy. Sin pretender pararlo, saborea el tiempo con fruición, lo siente en el alma y en los «sentidos». No ignora que camina hacia la muerte, pero esta perspectiva no perturba su gozo, porque la sabe trance plenificador de las promesas. Mira el pasado con benevolencia y agradecimiento. Considera que el presente, por una parte, se apoya en el pasado, del que es deudor, y por otra es semilla —presentimiento de eternidad— que fecunda los goces venideros.

Aunque protagonista y testigo del correr —a veces vertiginoso— de los acontecimientos, los vive y los mide con la serenidad que le confiere un fuerte arraigo a su geografía serrana: la poesía de Antonio Murciano constituye un ejemplo ilustrativo de la mutua interdependencia del paisaje y del tiempo en la creación artística.

En definitiva, y pese a la trascendencia del tema, el poeta es capaz de jugar, de divertirse con el paso —a veces multicolor y cambiante— del tiempo, y nos ofrece sus versos en un intento estimulante de que nos entreguemos, sin reservas, a la Vida.

(70).- El tiempo, como transfondo, está presente en prácticamente todas las obras de Antonio Murciano. Véanse, entre otras, *Navidad*, *El Pueblo*, *Los días íntimos*, *Canción mía*, *Nuevo cuaderno de Navidad*, *Fe de vida*, *Nochebuena en Arcos*, etc., así como su libro poético más reciente *Concierto en mí*.